

Las pruebas de John Banville

Edgar Esquivel

El interés que podría suscitar la historia de Frederick Charles St. John Vanderveld Montgomery —considérese extraordinario únicamente el nombre— está en la antea- la de su final, en la improvisación fatal que llevó a este sujeto a realizar de manera con- tinua una estafa, un robo y un asesinato.

Freddie Montgomery, irlandés desdi- chado, es un asesino que decide adelantar al juez, previo a su juicio, una extensa con- fesión escrita de su caso (el cómo y por qué ocurrieron las cosas de un modo y no de otro). Sin embargo, el alegato no es una justificación ni una defensa, es el recuento sucinto de su biografía: vida familiar trun- ca, la gran mentira del padre, los secretos de mamá, el viaje a América, estudios in- conclusos, su esposa, la otra mujer, a quien en verdad amaba. Invariablemente hay ausencia de motivos en el disparatado ho- micidio que Freddie perpetró. Ello no vuel- ve más atroz el mortal incidente, ni lo atropellado e infantil que resulta lo muestra como una experiencia hilarante. Él espe- ra resignado el juicio que lo condenará, *es una de las ventajas de la cárcel, dispones de tiempo para llegar de verdad al corazón de las cosas*; aunque esa condición no lo impele a redactar una lista de excusas, sólo a enu- merar evidencias (“porque los hechos y la verdad no son lo mismo”), es *El libro de las pruebas*.

John Banville (Wexford, Irlanda, 1945) es un escritor que genera consenso en cuan- to a la calidad de sus relatos por el des- pliegue terso e imparable de las comple- jas tramas que construye y el caudal de frases bruñidas que vierte en cada uno. *El libro de las pruebas*, publicado original- mente en 1989 (*The Book of Evidence*), es su séptima novela y en ella, como en otros títulos (*El mar*, *Antigua luz*, *Im-*

posturas, *El intocable*), los personajes lle- van su propia circunstancia a cuestras y con ello es suficiente, pues no pervive un dra- ma superior e indescifrable (ni para los lectores ni para sus criaturas), ni siquie- ra el mínimo cálculo que haga patente alguna promesa de arribar a un sitio pre- ciso. Los escritores no son profetas que deban expiar el presente ni purificar el pasado. Si tuvieran una misión sería en to- do caso alterar recuerdos y fustigar el aire, advertir que las decepciones son inevita- bles. Hay en los textos del autor irlandés un puntilloso humor, por momentos irri- tante, pero no le es propio un mero talan- te cínico, desprovisto afortunadamente de atavismos y prejuicios (Banville hace de las miserias humanas una delicia morbosa y angustiante): “El libro es sólo un objeto, con principio y final, en el que a veces po- demos convencernos de que cabe algo pa- recido a lo que es la vida”.

Para Freddie Montgomery, ladrón y asesino —antes hijo, esposo y padre—, la vida concluyó de manera anticipada (pu- diera ser discutible que el encierro sea con- siderado parte de ella), o tal vez en el mo- mento preciso abjuró de su libertad, ya que no sabemos si representa un riesgo mayor la ingenuidad que antecede al horror: *la maté porque pude hacerlo*. Generalmente se da por cierto que detrás de todo crimen yace una intención, aunque no estemos conscientes de ello, es decir, todos somos capaces de hacer daño sin planear ni preme- ditar, tal vez por esa condición de presun- ta inocencia no se conciba con facilidad el arrepentimiento ni la disculpa, la acep- tación del equívoco. *Mi travesía no fue cuestión de señales ni de marcha decidida, sino un ir a la deriva, una especie de moro- so descenso, con los hombros encorvados ba-*



*jo la acumulación gradual de todo lo que no hice. ¿Hay algo que demuestre cómo y por qué decidimos actuar para llegar al presente de nuestras existencias? Freddie señala que debe ser otra la pregunta, una que no insinúe o parta del supuesto de que los actos están determinados por la volun- tad, por el pensamiento deliberado, por una minuciosa evaluación de los hechos, ese con- torsionado teatro de marionetas que hace las veces de conciencia. Pero si tampoco el drama del señor Montgomery es un pa- saje donde el destino cobra un protago- nismo desmedido —su intento de fuga no es más que la entrada a un laberinto soterrado—, ¿con qué alternativa conta- mos para calificar o explicarnos lo que ha sucedido? Será mejor no esperar las respuestas que deseamos ya que no es el propósito ulterior de esta novela, ni de ninguna otra que se precie como tal. La literatura es, en palabras de John Banvil- le, extraña, es una ensoñación, una rea- lidad borrosa, embriagada, un riesgo. De nada vale que la tan llevada y traída con- dición humana sea más vasta de lo que puede ser toda una galería de persona- jes bien contruidos en una narración, pues siempre estará oculta la posibilidad —tan latente y factible como un vulgar crimen— que resulte paradójicamente en lo contrario: “que la escritura sea mucho más interesante que la vida”. **u***